

CAPITULO IX.

SEGUNDA TRANSFORMACION DEL ARTE VULGAR ERUDITO.

Don Alfonso el Sabio.—Su representacion en la historia de las letras.—Sus empresas literarias.—Introduccion de la forma lirica en la poesia erudita.—Triple fuente de donde pudo derivarse: los provenzales acogidos en la corte de Castilla: los catalanes en relacion con la España Central: los gallegos.—Momento en que pudo hacerse sensible la poesia de todos estos pueblos en el parnaso castellano.—Aparicion de la forma simbolica.—ARTE ORIENTAL.—Su trasmision á los árabes y hebreos españoles.—Importancia de la tradicion latino-elesiástica respecto del arte simbolico.—Los libros del *Pantha-Tantra* y de *Sendebar*.—Trasládanse á la lengua de Castilla.—EMPRESAS CIENTÍFICAS.—Academias de Córdoba trasladadas á Toledo.—Escuelas cristianas.—Su doctrina respetada por el Rey Sabio.—Estudios de Sevilla: su carácter.—OBRAS LEGALES.—Introduccion á las mismas: el *Septenario*.—OBRAS HISTÓRICAS.—Pensamiento que las inspira.—OBRAS DE RECREACION.—Últimos años del Rey don Alfonso.—Sus POESÍAS ELEGÍACAS.—Noticia de otras producciones del Rey Sabio.—Caracteres generales de todas sus obras.—Clasificacion de las mismas.

Sorprendente y magnifico es por cierto el cuadro, que al mediar del siglo XIII ofrece á nuestra vista la historia de las letras españolas, y no menos difícil el empeño de bosquejarlo con su más propio y verdadero colorido. Sometidos á un pensamiento, tan generoso como ilustrado y fecundo, todos los elementos de cultura laboriosamente allegados en épocas anteriores; dirigidos á un fin todos los esfuerzos intelectuales de los diferentes pueblos

cristianos en que se dividía á la sazón la Península; congregadas bajo una sola enseña todas las razas que moraban de tiempo antiguo en nuestro suelo, consagradas al cultivo de las ciencias; y acatados, por último, y seguidos con religioso anhelo los ejemplos de extrañas naciones, mostrábase la civilización castellana cual centro y genuina expresión de todas las nacionalidades españolas, y acaudalada con los tesoros que cada cual había recogido, reflejaba viva y poderosamente los progresos y conquistas hechos por todos en la esfera del arte.

Tan extraordinario movimiento, que sólo puede ser comprendido, teniendo en cuenta el feliz desarrollo que política y moralmente logra en la primera mitad de aquel siglo el imperio castellano bajo los auspicios de un Alfonso VIII y un Fernando III, no podría tampoco hallar explicación cumplida sin fijar nuestras investigadoras miradas en la simpática y noble figura de un Alfonso X, alma de aquel admirable concierto de ciencias y de letras, que aparece en medio de la oscuridad de los tiempos como inverosímil fenómeno. Dotado este príncipe del verdadero celo de la sabiduría; incansable en el estudio; ilustrado hasta el punto de no odiar, como odiaron sus antepasados, los libros ni los sabios árabes ni hebreos¹; y deseoso de domeñar la bética aspereza de sus vasallos con las dulzuras de las artes de la paz, ni omite desvelo alguno para dotar á su patria de la cultura por él ambicionada, ni halla obstáculo invencible á sus colosales proyectos que, encaminados al par á las letras y á las ciencias, abarcan la vida entera del pueblo castellano.

Y sin embargo, este monarca, cuyo nombre llena la historia del siglo XIII, y cuya mayor falta fué sin duda el insaciable afán de ilustrar á sus mal sosegados súbditos, no solamente se vió un día despojado del justo galardón debido á sus empresas militares, coronadas de feliz éxito, sino que torpemente calumniado por la emulación ó la envidia, llegó á ser tenido en menos aun entre los que se preciaban de entendidos, siendo desdeñada su ciencia, cual vana, mentida y peligrosa². Pero si, como hemos dicho antes

1 Véase el capítulo XV de la I.^a Parte, pág. 278.

2 Apenas hay escritor de los últimos siglos que, hablando del Rey don

de ahora, más incrédula de lo que á la gloria de España convenia, ó tal vez más ignorante de lo que debía esperarse, no supo su posterioridad comprender tan generosos sacrificios; si llevó el extravío hasta el punto de escarnecerlos, ya felizmente han pa-

Alfonso, no haya lanzado sobre su nombre la nota de impiedad, refiriendo la conocida anécdota de Segovia, que con extremada credulidad prohibió el erudito Colmenares en la *Historia* de la ciudad referida, é insertando el dicho, que se le atribuye con el mismo propósito: «Si Dios me hubiera pedido consejo, cuando creó el universo, lo hubiera hecho de otro modo». Pero si esta invención puede correr todavía entre los extraños, no es lícito tolerarla por más tiempo entre nosotros, señalado ya atinadamente su origen por el docto marqués de Mondéjar en las *Memorias Históricas* del expresado monarca. «La suma presunción que se le atribuye (escribía don Gaspar Ibañez de Mendoza), no advertida de otro escritor nuestro de los antiguos que florecieron en su tiempo ú en otro más inmediato á él, con el sacrilego arrojo que como efecto de la incierta satisfacción que presupone tuvo de su sabiduría, y que le desacredita y malquista con los profesores de nuestra sagrada religión», obra fué de Pedro IV, el Ceremonioso, primero que le atribuyó aquellas palabras, las cuales vinieron á hacer fortuna en la pluma de Zurita y de ella en la de otros muchos que le siguieron (Apénd. I, pág. 638 y 639). Pero es lo notable que un escritor, á quien anima y distingue el celo de la verdad, partiendo de esta indigna suposición, haya asentado que si bien «era don Alfonso intiligente en la ciencia astronómica, corto mérito en un rey..., sabia poco ó nada de aquella que justamente se llama arte de las artes y ciencia de las ciencias: *ars artium et scientia scientiarum hominum regere*, por lo que dijo de él un célebre historiador español: *Dum coelum considerat, terram namissit*» (Feijóo, *Cartas curiosas*, tomo V, dedicat.). Conperdon sea dicho de Feijóo y de Mariana, á quien aquel alude, este aserto no pasa de ser una vulgaridad reprehensible, que no puede hoy sin desdoro propio aplicarse al autor del *Fuero Real*, del *Espéculo* y de las *Partidas*, cuyo intento principal, reflejado en todas sus producciones, fué el de mejorar y promover la cultura española, con un fin altamente político, según resultará claramente del estudio que emprendemos. Lo notable de todo es, como ya observamos en nuestros *Estudios sobre los Judíos de España* (Ensayo I, cap. III), que los aceros de la calumnia asestada contra la piedad del Rey Sabio, vinieron á romperse en los grandes descubrimientos astronómicos del siglo XVI. Nicolás Copérnico y Galileo Galilei, manifestaron al publicar sus sistemas, que si abrigó en efecto don Alfonso algunas dudas sobre el de Ptolomeo, universalmente acatado en su tiempo, no sólo pueden hoy calificarse de legítimas, sino también de acertadas. Así, lo que antes pareció vituperio, ha debido convertirse en apláuso. Pero en su lugar veremos cómo juzgó á Ptolomeo el mismo Rey Sabio.

sado aquellos días, y la crítica imparcial, grave y circunspecta, no puede menos de protestar contra aquellos desdenes y mal fundadas acusaciones ¹. La vindicación del ultrajado monarca, digno por tantos conceptos de admiración y de respeto, debe pues ser completa, cuando las pruebas son tan claras y tan copiosas, cuando la justicia no vacila en inclinar la balanza al peso de la gloria y del patriotismo, y cuando sin reconocerle cual móvil y regulador de todas las empresas científicas y literarias que se llevan á cabo en la segunda mitad del siglo XIII, ni es posible apreciarlas dignamente, ni hallar tampoco fácil manera de explicarlas. En la poesía y en la historia, en la filosofía y la jurisprudencia, en las ciencias astronómicas y naturales dejó Alfonso X de Castilla consignados los altos títulos que le confirman hoy el renombre de *Sabio*, y que dándole entonces el de *innovador*, le trajeron la ojeriza y enemistad de unos, la veneración y las bendiciones de otros.

Animado el Rey Sabio de verdadero espíritu de progreso, imprimía á todos los elementos de cultura sello extraordinario; y aspirando á modificar lo existente, no reparaba en pasar plaza de imitador, con tal de alcanzar el fin apetecido. Era este doble empeño el estímulo más poderoso de todas sus tareas; y llevándole, según vá insinuado, á buscar las nociones de la ciencia y del arte donde quiera que el arte y la ciencia existían, caracteriza principalmente las producciones que salen de su pluma y las que se escriben bajo la sombra de su trono, trayendo al suelo de Castilla é introduciendo en su literatura los granados frutos de otras civilizaciones. Evidente parece en consecuencia que aun siendo

¹ Satisfactorio es por cierto para todo el que abrigue verdadero sentimiento patriótico, que esta manera de protesta, nacida en nuestro suelo con las tareas de don Nicolás Antonio, Velazquez, Mondéjar, Sarmiento, Rodríguez de Castro y otros, tome hoy nuevo cuerpo y mayor fuerza en la pluma de notabilísimos escritores alemanes. Entre otros varios parécenos conveniente citar al erudito Mr. Clarus, que aun no conociendo todas las obras del Rey Sabio, según ingenua y dignamente confiesa, procura y aun logra vindicarlo de repetidas acusaciones, hijas unas de mala fé y engendradas otras por osada ignorancia (*Darstellung der spanischen Literatur in Mittelalter*, tomo I, pág. 327 y siguientes).

uno y constante el objeto, á cuyo logro se encaminaba, debían naturalmente diferir los resultados parciales obtenidos por el rey don Alfonso y sus ayudadores, como eran distintos los medios empleados para infundir nuevo aliento á la cultura castellana. Pero si descubriendo la extensión y profundidad de sus miras, aumenta notablemente esta complicación de medios la dificultad del estudio, no por eso dejan de ser menos estimables los timbres con que se ilustra el hijo de Fernando III, ya se nos muestre como poeta ó historiador, ya como filósofo ó matemático. En uno y otro concepto le vemos enriquecer la literatura y las ciencias con extraños tesoros, y en uno y otro concepto será bien que examinemos lo que debe á su protección y á su talento la España del siglo XIII.

Acordes andan cuantos han escrito del Rey Sabio con algun fundamento, en que, educado bajo los auspicios de doña Berenguela, cuya gran virtud y amor á las letras dejamos ya reconocidos, inclinóse desde la primera juventud al cultivo de la poesía y de la amena literatura, manifestando que no le habia negado la Providencia las dotes concedidas á otros ingenios de su tiempo. Mas ora fuese porque la misma edad juvenil le llevara á expresar sus pensamientos en composiciones breves, ligeras y adecuadas al canto, ora porque no le consintieran todavía sus estudios emplearse, á la manera de Berceo y Juan Lorenzo de Astorga, en obras de cierta magnitud é importancia, es lo notable que aparece don Alfonso como el primer poeta castellano que introdujo en la poesía erudita de los vulgares el sentimiento lírico, apenas insinuado hasta entonces en los poemas heróicos. Pero esta innovación que debia producir un cambio sustancial en el sistema artístico de la poesía castellana, tomando por instrumento una lengua que no era en verdad la hablada en la España Central, descubre á los ojos de la crítica, que lejos de haberse extinguido aquel espíritu de localidad que dió vida á los diversos dialectos desarrollados en uno y otro ángulo de la Península ¹, habia tenido fuerzas bastantes para aspirar también á la adopción de una poética, viniendo al cabo á reflejarse en el gran cuadro que

¹ Véase la *Ilustración II.ª* del tomo precedente.

iba á presentar en el reinado de aquel príncipe la civilización española. Diferentes eran, sin embargo, las fuentes en que pudo inspirarse el joven príncipe para dar cima á la innovación mencionada, ofreciéndose á su vista con igual prestigio los últimos restos de la poesía lírica de los provenzales, los ensayos de los catalanes y las imitaciones de los gallegos.

Y decimos los últimos restos de la poesía de los provenzales, porque antes de subir el Rey Sabio al trono de sus mayores, había ya venido aquella poesía á dolorosa decadencia, y envueltos los trovadores en el comun naufragio de los albigenses, se habían visto forzados á mendigar en tierra extraña el asilo y protección que le negaban en la propia el odio y la intolerancia de los cruzados. Cierta es que antes de esta época habían ya penetrado en el territorio de Castilla algunos trovadores, para alentar con sus cantos las huestes ultramontanas que en determinados momentos llegaban á tomar parte en la guerra contra los sarracenos: entre los escasos cultivadores, que tuvo en el suelo de Provenza la poesía lírico-heróica, señala su historia los nombres de un Marcabré y de un Gabaldan el Viejo, que doblando los Pirineos, se cuentan, el primero en la celebrada expedición de Almería y el segundo en la famosísima cruzada de las Navas de Tolosa ¹. Mas

¹ Fauriel (*Hist. de la poes. provenç.*, tomo II, cap. XX). — Millot (*Hist. Litt. des Trouv.*, tomo II, pág. 250), y don Pedro José Pidal en su *Discurso de la poesía cast. de los siglos XIV y XV* (pág. LI), ponen á Marcabré en la corte de Alfonso X. — Fauriel prueba que la *prezicansa*, que intituló *Lavador ó Piscina*, se refiere á la empresa de Almería, y que la poesía escrita despues, fué dirigida al emperador Alfonso VII. En efecto, en ella se habla de los almoravides, que habían desaparecido de España mucho antes de la época de don Alfonso, el Sabio. Dicha canción comienza:

Empereire, per mi mezeis
Sai, quant vostra proeza creis, etc.

Y en la estrofa IV.^a se lee:

Als Amoravis fai conort
Per las potestatz d'outra 'l port,
C'ant pres una tella ad ordir, etc.

(Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 129).

Esta canción y la *Piscina ó Lavador* han sido reproducidas últimamente por el distinguido profesor de Literatura en la Universidad de Barcelona, don

sobre revelarnos las composiciones de uno y otro que no se dirigían estos cantares á los ejércitos españoles, pruébanos también lo peregrino de los mismos ¹ que no eran bastantes á torcer el instinto poético de la muchedumbre, ni menos á dominar el gusto de los eruditos, encaminado ya por muy diferente sendero. Abiertas entre tanto para aquellos miseros naufragos, libertados de la matanza de Besieres y del saco de Tolosa, las cortes de Alfonso IX de Leon y de Fernando III de Castilla, ilustrado monarca que enviaba á su hijo don Felipe á la escuela de Paris para estudiar teología ², no solamente hallaban en ellas el deseado asilo, sino que, segun los mismos repetidamente aseguran, eran recibidos con distinción y aplauso. Ni pudiera sospecharse otra cosa del

Manuel Milá y Fontanals, en el muy estimable estudio, que con el título de *Los Trovadores en España* ha dado á luz en 1861 (págs. 75 y 80). También inserta la de Gabaldan ó Givaudan, de que hicimos ya mención antes de ahora (tomo II, pág. 124), la cual juzga no indigna de la empresa por él cantada (pág. 127).

¹ Todo el anhelo de los escritores que han pretendido hacer tributaria á la poesía española desde la referida época, no ha alcanzado á reunir para demostración de su tesis sino contadísimos número de poesías, cortas y fugaces, en que algunos trovadores aluden más ó menos remotamente á España durante la segunda mitad del siglo XII y la primera del XIII. Los nombres de Pedro de Alvernia, Beltran del Born, Fulco de Marsella y otros trovadores de menor talla, se citan en efecto como inequívoca prueba; pero apartando la vista de lo que era ya el arte español, cuando dichos poetas escriben, y desconociendo el sello especialísimo que había recibido, al nacer, de la cultura que lo engendra. Los hechos que vamos exponiendo, manifiestan sin embargo que verificada la transformación de la poesía vulgar en erudita, tal como vá estudiada, era ya más fácil que se abriese el parnaso de la España Central á la influencia de los trovadores. Esta consideración y la ingenuidad, con que procedemos en nuestras tareas, probarán á los doctos que al rechazar la paternidad de otras poesías, respecto de los cantos populares, y aun de los primeros monumentos escritos de la castellana, no procedemos caprichosamente, ni negamos aquellos beneficios recibidos de otras civilizaciones. Pero la edad de Alfonso X no es la época, en que se componen los *Cantares de Ruy Diaz*, si bien el espíritu que resplandece en las *Cantigas* del Rey Sabio, de que en breve trataremos, es el mismo que anima las plegarias de Mio. Cid y de Jimena.

² Anotaciones á la *Crónica de los quatro reyes*, por Ambrosio de Morales (Bibl. Esecr., cód. &, ij 7, fól 97 v.).

hijo de doña Berengueta, quien al propio tiempo que se distinguía como experto caudillo, siendo el más feliz de nuestros conquistadores, preciábase también de protector de las letras en la forma antes de ahora indicada; y entendido en todas las maneras de la caballería, «pagáuase de omes de cortè que sabien bien de trovar »et de cantar, et de ioglares que sopiesen bien tocar estrumentos», discerniendo perfectamente el mérito de cada uno ¹.

No es por tanto maravilla, trocado ya el señorío de las comarcas, donde habían florecido los trovadores, y disipadas, en odio á la soltura de su musa respecto del clero, las antiguas Córtes ó Tribunales de Amor que les dieron no escasa importancia y nombradía, que mientras atravesando los Alpes, llevaban al Monferato, á Sicilia y Lombardía las reliquias del arte por ellos cultivado, impetrasen en Castilla la protección de nuestros reyes, atraídos por la justa fama de su ilustración y largueza. Gozando generosa hospitalidad, señalaronse en el suelo castellano un Giraldo de Calanson, que lloraba en sentida elegía la temprana muerte del infante don Fernando, hijo de Alfonso VIII y de Leonor de Inglaterra; un Giraldo de Borneil, que celebrando las nobles prendas del rey don Jaime de Aragon y de don Sancho de Navarra, dirigía á Alfonso IX de Leon y Fernando III de Castilla una de sus más notables canciones heróicas; un Guillermo de Ademar, que siguiendo las costumbres de los antiguos trovadores, aconsejaba al citado Alfonso que levantase un ejército contra los sarracenos, «para que llevase consigo al marido celoso que tenía encerrada á su bella», mostrándose al propio tiempo pagado del rey don Fernando; y tantos otros como pudieran citarse, que bien acogidos y agasajados por el conquistador de Sevilla, le consagraron en sus poesías notables recuerdos, como para pagarle la benevolencia y esplendidez, con que los había distinguido ².

¹ *Septenario*, cap. VI de lo conservado.

² Millot, *Hist. Litt. des Troub.*, tomo II, págs. 28, 80, 497, etc. La elegía de Calanson, inserta en el tomo IV de Raynouard, pág. 65, empieza:

Belh Senhor Dieus, quo pot esser sufritz
Tan estranh dols cum es del jov' enfan'
Del filh del rey de Castella prezan, etc.

Y si tuvo el Rey Sabio tan plausible ejemplo en la corte de su esclarecido padre, no quiso en verdad ser vencido por su magnificencia, extremándose en la protección que dispensó á los trovadores, los cuales vieron su palacio cual digno teatro de las musas, declarándole al par como el más entendido de los monarcas en las artes de la *poetria*. Crecido fué entonces el número de los trovadores y juglares, que vinieron á la España Central, para recoger los aplausos, que les negaban en su propia nación los nuevos dominadores ¹. Entre otros muchos hacíanse aceptos á los ojos del rey Alfonso Pedro Vidal de Tolosa, que recordaba también complacido los tiempos de Fernando III y de Alfonso VIII; Raimundo de Castelnaud, que declamando contra el clero, los reyes y magnates de su tiempo, señalaba al rey poeta como el más ilustre de los soberanos; Fulco de Lunel, que felicitándole por su elección al imperio, censuraba la parcialidad de Gregorio X á favor de Ricardo de Inglaterra; Hugo de la Escaura, que teniéndole por el mejor de los reyes que hubo en el mundo, le consagra repetidos sirventesios, los cuales debían purificarse como el oro al fuego, á medida que fuesen oídos por los discretos ²; Beltran Car-

La poesía de Guillermo de Ademar, á que en este lugar aludimos, comienza:

Non pot esser suffert, ni atendut, etc.

Los versos indicados dicen:

Si 'l reys N' Amfos, cui doptou li Masmut,
E 'l meilhaer coms de la crestianadat,
.....
Ab que l'us d'els meres ensems ab se
Marit gelos q' inclau é sera e te,
Non an peccat non lur fos perdonatz.

(Raynouard, tomo III, pág. 197 y 98.)

¹ El matrimonio de Carlos de Anjou con la hija de Ramon Berenguer V se llevó á cabo en 1245. Fauriel, movido de un espíritu crítico digno de alabanza, señala este hecho como la última fuente de la sátira provenzal, postrera expresión de aquella nacionalidad poética (*Hist. de la poesta provenç.*, tomo II, cap. XXII).

² En una de las composiciones que dirige Escaura al Rey Sabio hace mención de los trovadores Pedro Vidal, Alberto de Saboya, Arnaldo Romieu, Peguilano, Fonsalada, Pelardit y Galobet, como de poetas conocidos en la corte de Castilla (Millot, *Hist. litt. des Troub.*, tomo II, pág. 203).

bonel, que dirigiéndole varias de sus canciones eróticas, le designa cual juez entendido en las lides del amor y de la caballería, y Guillermo de Montagnagut, que invitándole á tomar posesión del imperio, le prodiga asimismo las más expresivas alabanzas ¹. Ni dejaron tampoco de recordar las distinciones logradas en la corte de tan generoso príncipe Aimerico de Belenvei ó Belenoi, declamador vehemente contra las costumbres de su siglo, que sólo hallaba digna de elogio la corte de Castilla, á cuyo rey agradaaron sobremanera sus hermosos versos; Bonifacio Calvo, distinguido genovés, que arrojado de su patria por los disturbios civiles, interpone sus conocimientos en el cultivo de la poesía provenzal, para merecer el aprecio de don Alfonso, excitando al cabo la envidia de los cortesanos; y Aimerico de Pugilano, inconsiderado amante, que habiendo herido en Tolosa al esposo de su amada, buscó refugio en Castilla, alcanzando del hijo de Fernando III armas, honras y riquezas ².

Pero más que todos estos famosos trovadores llaman nuestra

¹ Millot, *Hist. litt. des Troub.*, tomo II, págs. 288, 206, 438; tomo III, págs. 77, 92.—Entre todas las composiciones citadas, merece especial mención la de Fulco de Lunel, por el extremado elogio que hace del Rey Sabio: empieza así:

Al bon rey qu' es reys de pretz car,
Reys de Castella é de Leo,
Reys d' aculhir é reys d' onrar,
Reys de rendre bon guiarde,
Reys de valor é reys de cortezia,
Reys, a cui platz joys é solatz tot' l'an,
Qui vol saber de far bos faitz s' en an
Qui' en luec del mon tan be no' ls apenria.

(Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 239.)

² Millot, tomo II, págs. 331, 362; tomo III, pág. 233.—De estos trovadores, ninguno llama nuestra atención tanto como Bonifacio Calvo, por ser uno de los poetas *italo-provenzales* que más contribuyeron al desarrollo de la poesía italiana: la composición más notable que dirige al Rey Sabio, está encaminada á promover la guerra, y comienza con estos versos:

En luec de verjanz floritz
E foillatz
Volgra per camps é per pratz
Vezer lansas e penos, etc.

(Raynouard, *Choix*, tomo IV, pág. 224.)

atención los no menos celebrados Nat de Mons y Giraldo Riquier de Narbona, quienes no solamente obtuvieron la protección del Rey Sabio, sino que habiéndole dirigido diferentes *reqüest*s, se manifestaron también gozosos de haberle debido la solución deseada. Haciendo gala de ciertas nociones metafísicas y astrológicas, discurría el primero sobre la influencia de los planetas en la suerte de los hombres: lamentándose el segundo del descrédito y confusión, en que había caído la verdadera *juglaría*, echaba de menos una clasificación racional, que separase á los que decorosamente profesaban la música y dignamente cultivaban la poesía, de los que cantaban en calles, plazas y tabernas, y de los que hacían bailar perros, gimios y otros animales, remedando el trino de los pájaros y divirtiendo á la gente menuda con saltos y contorsiones. No elogiaremos por cierto la forma en que está concebida la respuesta dada á Nat de Mons por don Alfonso ¹; pero sí nos cumple observar que si fuese dictada por aquel rey, así como la *Declaratió* que Giraldo Riquier le atribuye, habríamos de contarle, no ya en el número de los príncipes que protegieron

¹ Millot, tomo II, pág. 193. La respuesta que sobre los versos de Nat de Mons se atribuye al Rey Sabio, dá principio con estos versos:

Auzidas las razos,
Volens jutjamen dar,
Dig à son comensar:
Anfos per las vertutz
De Dieu endevengutz
Augutz tots temps creissens, etc.

(Raynouard, *Choix*, tomo V, pág. 269).

Giraldo Riquier de Narbona consagró al rey don Alfonso, después de su muerte (acaecida en 1284 y no 1287 como dice Raynouard), una composición elegiaca, que tiene este principio:

En la greu mort amara
Del bon rey es serratz
Pretz qu' en est mon non platz
N'Anfos, qu' elh saup culhir,
Bos faitz e'ls mals fugir, etc.

Dos años después escribía otra canción, recordándole, la cual comienza:

Qui m disses, non a dos ans,
Que el laus me fos desgrazitz
Del rey N' Anfos, de pretz quitz, etc.